



BOL. FIN ECLESIASTICO

DEL OBISPADO DE

SALAMANCA.

NOS DR. D. FR. TOMÁS CÁMARA Y CASTRO,
DEL ORDEN DE S. AGUSTIN, POR LA GRACIA
DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE, OBISPO DE
SALAMANCA, ETC., ETC.

A Nuestro Venerable Cabildo y Clero, Religiosas y
fieles todos de la Diócesis.

Venerables Hermanos y Amados Hijos en el Señor:
salud y bendicion.

Nos hallamos en el tiempo santo de cuaresma, dias
de salvacion y época en que principalmente abre el
Señor para los mortales el tabernáculo de su miseri-
cordia.

Y no quisiéramos Nos omitir el manifestar nuestra
pastoral solicitud y amor acendrado de Padre á todos
nuestros diocesanos, exhortándolos á fin de que se
aprovechen de coyuntura tan propicia. Somos deudores
de todos, como decía el Apóstol, y nos debemos lo

propio al ignorante que al sábio, lo mismo al habitante de la ciudad, que al morador de la aldea y la cabaña. Por lo mismo, ya que Nos sea imposible alentar á todos personalmente, no nos sufre el corazón pasar tiempo tan oportuno sin dirigir á todos nuestros hijos nuestra palabra, pues á todas las almas encomendadas á nuestros desvelos deseamos copiosos frutos de bendición y provecho espiritual (1).

¡Oh amados hijos! Comienza este santo tiempo recordándonos la Iglesia el polvo y la nada de nuestro ser, y por medio de la abnegación, el ayuno y la penitencia nos encamina suavemente al término feliz de este período, que es la gloriosa resurrección, y la vida del espíritu. El polvo y la ceniza dan lugar, por la mediación de Dios, á la resurrección y la vida, la amargura de la penitencia al jubiloso canto del aleluya.

Esos son los dos extremos, y los ejes sobre que gira nuestra existencia pasajera. Dios quiso formarnos del lodo de la tierra, para que nunca olvidáramos la nada y el vacío de nuestro ser; y al propio tiempo sublimó al hombre señalándole por fin y blanco, descanso y centro de sus anhelos, la posesión y goce de la riqueza incomparable de la misma esencia divina. Nobles, grandes nos hizo Dios, mas no puede consentir que nuestra nobleza se trueque en insensato orgullo: y á toda nuestra excelencia, y grandeza ha querido que adornemos con el suave brillo de la humildad, y los afectos generosos de la gratitud y el reconocimiento.

¡Nuestro origen, nuestro destino! no debe, no puede

(1) Ad. Rom. I.—13. 14.

olvidarlos el hombre pensador y cuerdo, ménos todavía el cristiano fervoroso.

¿Para qué vivimos? ¿Adonde se encamina nuestra existencia?—es menester que se pregunte de continuo el hombre juicioso. Vivimos para merecer, contesta la fé; nos encaminamos á nuestro término, al fin para que nacimos, señalado ya por Dios. ¿Y el hombre conseguirá su fin por fuerza y de todos modos, así sea justo como pecador? Imposible, Dios destina al hombre para la felicidad; pero quiere la gane y merezca por la buena obra, observando los santos mandamientos: *si quieres entrar en la vida del cielo, guarda los mandamientos*, (1). Dá el Señor la gloria como un premio, como una corona, que es preciso lograr; á este fin nos ha dado voluntad libre, y nos ha redimido con su sangre, y ha dado ejemplo vivo, y nos comunica su gracia y tiene abierta la fuente de todas ellas en los augustos sacramentos.

¿Qué será del hombre que, por seguir sus malas inclinaciones, renuncia á ese premio? ¡Ay, infeliz! será eternamente desgraciado. No solo no gozará como los buenos ni será coronado de felicidad inenarrable, sino que será castigado horriblemente como réprobo y malo, como despreciador de las gracias y dones divinos, ultrajador de la majestad infinita del Señor.

Ante esos dos extremos, hermanos míos, la dicha incomparable, y la desgracia inconcebible, el bienestar duradero, y el infortunio prolongado, las delicias y goces eternos, los tormentos y martirios sin límites, ¿qué vamos á elegir? Ahora estamos á tiempo: no

(1) Math. XIX. 17.

aguardeis á mañana, no se eche la noche de la muerte, cuando nada se puede remediar (1). Miradlo, pensadlo bien: recordad á este propósito la sentencia del Salvador, la cual ha hecho tantos santos: *Quid prodest homini si mundum universum lucretur, animæ vero suæ detrimentum patiatur?* ¿De qué sirve al hombre ser dueño de todo el mundo, si pierde su alma? (2).»

Contestadnos: ¿de qué aprovechan las riquezas mal adquiridas, si clavan espinas en el corazón? ¿de qué sirven los placeres ilícitos, si pasan en un instante, para dejar luego en la conciencia la amargura cruel del remordimiento y el temor del merecido castigo?

Salvar el alma es lo que importa, y nada más. No hay sinó una sola cosa necesaria, que es la salvación. *Porro unum est necessarium* (3).

Fieles carísimos, sed cuerdos y avisados, vivid santamente, que esta es la más alta sabiduría, y la nobleza más brillante, y el tesoro de mayor precio.

Y no echeis en olvido, que aunque os decíais sábia y generosamente á lograr el fin de vuestra salvación, enemigos de vuestra felicidad os saldrán al encuentro para estorbaros tanta dicha.

Ya sabéis que Satanás, envidioso de nuestro bien, ya que él no acertó á aprovecharse de los dones y mercedes de Dios, anda á la redonda cercándonos por todas partes, para hacernos caer y acompañarle en su ruina (4). Y es muy sensible que dentro de nosotros

(1) Joan. IX. 4.

(2) Math. XVI. 26.

(3) Luc. X. 42.

(4) 1.ª Pet. V. 8.

mismos llevemos otro enemigo que ayuda siempre á Satanás, la carne ó concupiscencia, que, mala de origen, nos inclina á las cosas de la tierra y á los caprichos y antojos de los sentidos. Temamos todavia más á este enemigo doméstico, y de dentro de nuestra casa, que no al demonio, que solo puede ladrar, dicen los Santos, pero no morder, si nosotros no lo permitimos. El mundo también nos hechiza y arrastra con sus pompas y vanidades, nos pervierte con perniciosos ejemplos, nos amedrenta con insensatas murmuraciones y conturba con irrisiones, contumelias y calumnias. Más, hermanos míos, poderoso es el Señor, para con su gracia obtener el triunfo de todos nuestros enemigos. Al demonio se le vence con la humildad y la oracion, con invocar los dulces nombres de Jesús y de María. A la carne, con la mortificacion y las preces, suplicando contritos al Señor favor y ayuda: así nos ha dicho, que nos basta su gracia, y conviene pelear para crecer en la virtud (1). Al mundo se le vence con el desprecio, volviéndole la espalda y tratándole como á loco rematado; para volver los ojos á Jesucristo únicamente, que es el camino, la verdad y la vida (2); y el cual nos dice: «En el mundo viviréis oprimidos, pero confiad, que yo vencí al mundo» (3).

Si Dios nos salva, ¿quién nos condenará? (4) El día que hayamos logrado lo que tanto anhelamos, que es nuestra salvacion y la bienaventuranza eter-

(1) 2.^a ad Corinth. XII.—9.

(2) S. Joan. XIV.—6.

(3) Joan. XVI.—33.

(4) Ad Rom. VIII,—34.

na, ¿dónde comparecerán nuestros enemigos? Cerrad, pues, hermanos míos, los oídos á toda sugestion diabólica, á toda incitacion de la carne, á todo engaño é ilusion del mundo. Y hoy, especialmente, sentiréis esta influencia perversa de los enemigos del alma, ó por la palabra viva de los mundanos, ó por la palabra escrita de los mismos hijos de este siglo tenebroso. Más daño todavía se ejerce por los escritos y la lectura, que por la misma insinuacion de la palabra viva. La lectura la recibimos con cariño, la tomamos nosotros en nuestras manos, y la introducimos en nuestro corazón sin prevencion ni apercebimiento. Y luego de posesionarse de nuestra casa, y asimilarse á nuestro sér, es cuando nos emponzoña y mata. El aviso y la precaucion se han de tener á tiempo, de antemano. Echad el ¡alto! por regla general, á todo libro, folleto ó periódico que no vaya autorizado por censura eclesiástica, ó que, por lo menos, no sea de escritor abiertamente católico: de no llenar estas condiciones, no lo leáis sin prudente consejo, y de todas maneras sin recelo y cautela. Y si á los periódicos católicos, que son árboles verdes, plantados en las riberas de la Iglesia, es menester podar y limpiar; á los indiferentes, á los incrédulos, que llevan la maldad y el vicio en la raíz de su origen é índole, cómo habremos de recibir? Muchas veces no necesitaréis, para conocer su espíritu y tendencia, más que pasar los ojos por ellos: por sus frutos los conoceréis, nos avisó el Salvador (1). Se presenta uno rudamente franco, sin cuidado, dice, sin preocupaciones por

(1) Math. VII.—16.

las genealogías de Cristo; á otro día combate el sacerdocio, hasta como institución, y le considera enemigo de la sociedad y los sentimientos generosos: ¿es preciso más, ni aviso de nadie, para considerarle como pernicioso? *Jam judicatus est* (1). Por esto no habrá católico ferviente que le lea, claro aparece que no sea pública para ellos.

Otros hay que, para los fines de su institución, no quieren estar reñidos con nadie, ni con Dios, ni con el diablo. Hoy favorecen á la Iglesia y sus ministros, mañana se caen del lado de la impiedad, siempre á merced del que les llena sus deseos y aspiraciones. También éstos son nocivos, y de igual manera se han de rechazar. Jesucristo dijo: «No es posible servir á dos Señores (2); y quien no está conmigo, está contra mí (3).» El que haya de leer con frecuencia ó sostener semejantes publicaciones, necesita prudente consejo y causa proporcionada para ello.

De buscar lecturas, sean, amados míos, las que no nos aparten de nuestro fin, de nuestro Dios; antes hemos de abrazar las que más derechamente nos lleven hácia él. No las que tienen sabor y espíritu de carne y de mundo, los frutos de las cuales son: contiendas, celos, discordias, excisiones; sino las que engendran en nuestras almas los frutos del espíritu de Dios, que son: caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanidad y mansedumbre (4).

Es la carne, hemo que se pulveriza; la vida humana,

(1) Joan. III.—18.

(2) Math. VI.—24.

(3) Math. XII.—30.

(4) Ad. Gal. V. 19.

vapor que se desvanece; el mundo tierra deleznable, que pasa con su figura (1).

Dios solo es inmutable, eterno, sin sombra siquiera de vicisitud y cambio (2).

Levantad, pues, los ojos decaídos, y los corazones inquietos hácia Dios, nuestro tesoro y única riqueza. Estos son, hemos dicho, los dias más adecuados para purificar los corazones, el tiempo de nuestra salud y mejoramiento.

Deseándoos abundante provecho espiritual, VV. HH. y mis amados hijos, os enviamos juntamente con el saludo afectuoso y cristiano, la bendición pastoral: † en el nombre del Padre, † y del Hijo, † y del Espíritu Santo. Amen.

Dado en nuestro Palacio Episcopal de Salamanca, á 3 de Abril de 1886.

Fr. Couás, Obispo de Salamanca.

Por mandado de S. S. Illma.
el Obispo mi Señor,

Dr. Pedro García Repila,

Canónigo Secretario.

Esta carta pastoral leerán los señores Párrocos y Ecónomos al pueblo, en el primer día festivo despues de su recepción.

(1) S.^a ad Coraith. VII. 31.

(2) Jacob. I. 17.